

AL SOL DEL PADRE

*Guiones para orar desde el
Padrenuestro*



PARROQUIA DE NTRA. SRA. DE LOS ANGELES
LOS SANTOS DE MAIMONA

AL SOL DEL PADRE

*Guiones para orar desde el
Padrenuestro*

PARROQUIA DE NTRA. SRA. DE LOS ANGELES
LOS SANTOS DE MAIMONA

AL SOL DEL PADRE

¡Qué morenito/a vienes, cómo se te ha pegado el sol! Estas y otras parecidas expresiones sirven de comentario sobre aquellos que han estado de veraneo en la playa, y se les nota de verdad. ¡Traen un bronceado...!

¿Por qué ese bronceado? Porque han estado tranquilamente durante mucho tiempo tomando el sol, y ciertamente se les ha pegado, se les nota.

Mucho tiempo... tranquilamente... Y viene uno/a morenito/a, cambiado/a.

La oración se ha dicho que es *«levantar el corazón a Dios»*. No se trata de un problema de localización del corazón, que si arriba, que si abajo. Levantar el corazón es abrir el corazón, ponerse al alcance de Dios para que su acción, su amor, vaya penetrando en lo más íntimo de la persona, y que se le note. Orar es cercanía, intimidad con Dios.

«Yo la voy a seducir: la llevaré al desierto y hablaré a su corazón»

(Os 2, 16)

Dios busca y quiere la comunicación con el hombre. Eso es oración si se responde a ese deseo de Dios.

«Vosotros cuando oréis decid: Padre».

No se trata, en estas páginas que siguen, de un comentario al Padrenuestro. Son pautas para encuentros de oración al hilo de la oración que Jesús enseñó a los suyos. Pautas que recogen el material utilizado durante cierto tiempo en encuentros de oración con grupos parroquiales. Se nos ofrece, por tanto, no una teoría sino una experiencia que francamente ha tenido un buen resultado.

Dejarse **«broncear»** por el Padrenuestro es asegurar que con el tiempo se dará un serio cambio de actitudes afianzando el «ser» cristiano, para dejar de «hacer» de cristiano en momentos más o menos puntuales.

El Padrenuestro nos sitúa ante la realidad nuclear de nuestra fe. Dios es Padre nuestro. Somos hijos de Dios y por tanto hermanos todos, no para quedarnos embobados en un narcisismo tonto, sino para sentirnos impulsados a colaborar en la realización del Reino, a fin de que a todos llegue el pan de cada día,

porque se ha desterrado toda injusticia y se recompone la armonía de nuestras relaciones, al perdonarnos, ya que Dios siempre nos ofrece su perdón.

Es bueno seguir con sencillez y con cierta ingenuidad lo que se va indicando en cada uno de los encuentros. Utilizar con fidelidad los símbolos, porque muchas veces un símbolo es más elocuente que muchas palabras. No tener prisa. Dejarse guiar por el Espíritu en la paz y tranquilidad para que la acción transformadora vaya realizando su labor. Tener cierta capacidad de asombro. Dios es sorprendente. «El viento sopla donde quiere; oyes el ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va» (Jn 3, 8). No desanimarse y ser constante. Todo no se consigue en un día. Habrá momentos en que se puede sentir el desaliento porque aquello no funciona y da la sensación de que se está perdiendo el tiempo. ¿No será porque queremos ir por nuestros caminos? Los caminos de Dios no son nuestros caminos (Cfr. Is 55,8). Pien-
sa entonces en lo que hace el veraneante para conseguir el bronceado que tanto le favorece. No es el resultado de un día de playa, sino el de estar mucho tiempo expuesto al sol.

Ponerse al sol del Padre es arriesgar a encontrarse con la sorpresa de una llamada de Dios a dejar «la tierra y la patria» como en el caso de Abrahám (Cfr. Gen 12, 1), o la del profeta para que sea voz en medio del pueblo. No tener miedo. Así será santificado el nombre de Dios, que no es otra cosa que prestar nuestra voz para que resuene el brillo de su presencia amorosa y salvadora.

Manos a la obra, y buscar con interés y generosidad momentos para ponerse, sin prisa, al sol del Padre.



¡VEN! VAMOS A ACERCARNOS AL ROSTRO DE DIOS...

Encuentro primero.

(Preside la celebración un gran corazón de cartulina. Se necesitan papel y lápices)

En el libro del Deuteronomio se nos describe cómo Dios ha elegido y conducido a su pueblo con una comparación bellísima, la de un ave llevando a sus crías:

«La porción de Yahvé era su pueblo, Jacob era su lote preferido. Lo encuentra en una tierra desierta, en la soledad de aullidos salvajes y lo educa, lo guarda como a la niña de sus ojos. Como águila que incita a su nidada, que planea sobre sus polluelos, extiende él sus alas, los coge y los lleva sobre sus plumas. Sólo Yahvé le guía, no hay con él dios extranjero».

(Dt. 32, 9-12)

Isaías también nos pone una comparación digna de interiorizar:

«Sión ha dicho: Yahvé me ha abandonado, el Señor se ha olvidado de mí. ¿Puede una mujer olvidar al niño que amamanta? ¿Olvida tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues incluso si ellas se olvidaran, yo no olvidaré».

(Is. 49, 14)

A la luz de estos textos, haz una relectura de tu vida, repasa los acontecimientos de tu historia y, al recordar cada uno de esos momentos de alegría, de dolor, de oscuridad, de plenitud o de aparente falta de sentido, párate un momento y repite: *«Señor, creo que a través de este acontecimiento de mi vida me has educado y me has guardado como a la niña de tus ojos. Estoy seguro de que me llevas sobre tus alas, de que eres tú quien me guías y me conduces»*. Puedes preguntarte y meditar: ¿sientes que Dios nos lleva como a un pueblo, como a un racimo, a toda la comunidad, o por el contrario vives tu fe de forma demasiado individualista?

Leemos esta parábola y la meditamos a la luz de lo dicho sobre ese Dios Padre-Madre misericordioso y entrañable:

El pescador solitario era un hombre de Dios. Un día tuvo la audacia de pedir al Señor un signo de su presencia y de su compañía: «Señor, hazme ver

que tú siempre estás conmigo. Dame el don de experimentar que me amas. Y el gozo de saber que caminas conmigo».

Cuando reempredía el camino que le conducía nuevamente a su casa, observó con asombro que, junto a las huellas de sus pies descalzos, había otras cercanas y visibles.

«Mira, le dijo el Señor, ahí tienes la prueba de que camino a tu lado. Esas pisadas tan cercanas a las tuyas son las de mis pies. Tú no me has visto, pero yo caminaba a tu lado». La alegría del pescador fue inmensa. Pero no siempre fue así. Vinieron días de tormenta y frío: El pescador caminaba taciturno por la playa. Volvió sobre sus pasos y observó que esta vez, en la arena, sólo había la huella de dos pies descalzos: «Señor, has caminado conmigo cuando estaba alegre. Ahora que el cansancio y el desánimo hacen huella en mi vida, me has dejado solo. ¿Dónde estás ahora?

Dijo el Señor: «Amigo, cuando estabas bien, yo caminaba a tu lado. Pudiste ver mis huellas en la arena. Ahora que estás cansado y abatido, he preferido llevarte en mis brazos. Las pisadas que ves en la arena son las mías marcadas por el peso de tu propio cansancio».

Terminamos este ejercicio de oración escribiendo en un papel una petición o acción de gracias y la colocamos en el corazón de Dios. La podemos hacer pública, y con el Padrenuestro.



¡VEN! VAMOS A ACERCARNOS AL ROSTRO DE DIOS...

Encuentro segundo.

(Preside la celebración el mismo corazón de la semana anterior: Tenemos preparadas algunas piedrecitas pequeñas)

Tenemos ante nosotros la parábola del hijo pródigo que deberíamos llamar mejor «del padre misericordioso», porque él es su verdadero protagonista. A lo mejor te suena a «muy sabida», pero hoy vas a leerla de manera diferente, dejando



do que la intuición de tu corazón complete lo que el texto no dice. Vas a releerla, reviviendo las escenas como si tú estuvieras presente, centrando toda tu atención en la figura del padre. En cada detalle del texto, párate a mirarle, trata de comprender qué sentiría, cuál sería la expresión de su rostro, el tono de sus palabras, el por qué de

sus reacciones y gestos; su tristeza al escuchar la decisión de partir del hijo menor, su incertidumbre y su angustia de tantos días al no tener noticias suyas, su espera frustrada cada tarde al no verle llegar, su sobresalto emocionado al divisarlo tan derrotado en la lejanía del camino, su carrera hacia él, el exceso de su acogida, de su alegría,...

También le dijo: Un hombre tenía dos hijos: el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte que me toca de la fortuna. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.

Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces se dijo: Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra tí; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros.

Se puso en camino adonde estaba su padre: cuando todavía estaba lejos, su padre lo vió y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello, y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra tí; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: Sacad enseguida el mejor traje, vestido; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado. Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Este le contestó: Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud. Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: Mira, en tantos años como te sirvo, sin desobedecerte nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado. El padre le dijo: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo, deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado.



Terminamos poniendo en forma de petición una piedra junto al corazón para que transforme nuestros egoísmos concretos en amor. Al acabar este gesto, juntos, rezamos el Padrenuestro.

¡VEN! VAMOS A ACERCARNOS AL ROSTRO DE DIOS...

Encuentro tercero.

(Preside el corazón. Se precisan papel y lápiz)

Pensamos por unos momentos y después escribimos algunas cosas o asuntos que nos preocupan últimamente. Lee después el texto bíblico y escucha esas palabras de Jesús como dirigidas especialmente a tí y a tu situación. Repítete una y otra vez estas frases: «No andes agobiado por la vida», «tú vales mucho más que los pájaros», «fíjate en cómo crecen los lirios...», «¿no hará Dios mucho más por tí?», «tu Padre sabe lo que necesitas...».

Y a sus discípulos les dijo: Por eso os digo: No andeis agobiados por la vida, pensando qué vais a comer, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir; porque la vida vale más que el alimento y el cuerpo más que el vestido. Fijaos en los cuervos, ni siembran ni siegan, no tienen despensa ni granero y, sin embargo, Dios los alimenta. Y ¿cuánto más valeis vosotros que los pájaros! Y ¿quién de vosotros a fuerza de agobiarse podrá añadir una hora al tiempo de su vida? Entonces, si no sois capaces ni siquiera de lo pequeño, ¿por qué os agobiais por lo demás? Fijaos cómo crecen los lirios, ni hilan ni tejen, y os digo que ni Salomón en todo su fasto estaba vestido como cualquiera de ellos. Pues si la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente sin fe?

No temas, pequeño rebaño: porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino. (Lc. 12, 22-33)

Para terminar escribimos una carta a Dios expresándole cómo nos sentimos al tenerlo como Padre. Partimos el corazón en trozos y cada uno coge el suyo pidiéndole que su corazón nos transforme, que su amor infinito transforme el nuestro algo mezquino. Concluimos orando tal como nos enseña Jesús: Padrenuestro...



VOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «PADRE NUESTRO»

Encuentro primero.

(Se precisa un espejo donde mirarse la cara)

Comenzamos a orar con las palabras de esta oración de los hijos al Padre común. Ser hijo es también ser hermano. Vamos a pasar un espejo a todos los participantes y que se miren en él. Seguidamente leemos esta parábola de Dostoievski de «La vieja y la cebolla»:

Érase una vieja tan mala, tan mala, que nunca había hecho una acción buena en su vida. Así que, cuando murió, Dios la condenó al infierno en una de sus más profundas calderas.

Pero su ángel de la guarda, entristecido, no dejaba de repasar la vida de aquella mujer, hasta que, por fin, descubrió que un día había dado una cebolla a un pobre. Todo contento se fue ante el Señor y le recordó esta acción buena, que había sido olvidada en el momento del juicio.

Entonces le dijo Dios: «Anda, toma la cebolla, y si con ella logras sacarla del infierno, se salvará».

El ángel corrió hacia la vieja y le dijo: «Agárrate bien a la cebolla, para que te pueda sacar de ahí». Y empezó la operación de rescate: venga a tirar con cuidado... Y cuando ya estaba casi fuera, a punto de salir, los demás condenados se dieron cuenta, y vieron ellos también su oportunidad de salvación. Corriendo, se agarraban a la mujer, que, a su vez, les pateaba y decía: «Es a mí a quien van a salvar, no a vosotros. Porque esta cebolla no es vuestra es mía».

Y nada más decir «mía», la cebolla se rompió y la vieja, que realmente era muy mala, se quedó en el infierno para siempre.

Hay palabras de nuestra experiencia humana que pueden imposibilitar las vivencias de oración porque crean un foso entre nuestro modo de ver la vida o las realidades de la fe y el de Dios. Una de esas palabras es el adjetivo mío que tendríamos que colgar de un perchero antes de ponernos a orar (y olvidarnos de él a la salida) o dejarlo ahogarse en la pila de agua bendita que encontramos a la puerta del templo. Porque da la sensación en el Evangelio de que esa palabra (y

sobre todo la actitud que está detrás de ella) está en la línea que Jesús tanto reprocha de los que quieren guardar su vida y, precisamente cuando hacen eso, la pierden.

Jesús nos enseña a orar, educa nuestro corazón a través de la oración, y empieza por poner en nuestros labios la palabra «Padre». Pero sabe que si por nosotros fuese tenderíamos a quedarnos en la experiencia de la filiación, tratando de escabullirnos del compromiso fraterno al que nos lleva. Ser hijos significa también e inseparablemente ser hermanos y el Padre no es entonces «Padre mío», sino «Padre Nuestro».

Vamos ahora a pedir perdón al Padre por quererlo atrapar individualmente, porque queremos escapar muchas veces, mediante la oración, al compromiso con el hermano y especialmente con aquel que más sufre. Estamos llamados por este Padre común a formar unidad. Iglesia, Asamblea. Pedimos perdón

porque queremos vivir nuestra fe en solitario y no en solidario, en racimo. Un solo pan y un solo vino se forman de muchos granos de trigo y muchas uvas. Pedimos perdón finalmente por nuestro narcisismo, porque mirando nuestras virtudes en el espejo nos olvidamos de ponerlas al servicio de los demás.

Israel concibe la vida eterna con Dios no como «visión beatífica», sino como un banquete festivo. La visión invita al aislamiento, mientras que el banquete sólo es posible si hay un colectivo que celebra, que comparte y se comunica... También Jesús lo entendía así:

De nuevo tomó la palabra Jesús y les habló en parábolas:

- Se parece el reinado de Dios a un rey que celebraba la boda de su hijo. Envió criados para avisar a los que ya estaban convidados a la boda, pero éstos no quisieron acudir. Volvió a enviar criados, encargándoles que les dijeran:



Tengo preparado el banquete, he matado terneros y cebones y todo está a punto. Venid a la boda.

Pero los convidados no hicieron caso: uno se marchó a su finca, otro a sus negocios, los demás echaron mano de los criados y los maltrataron hasta matarlos.

El rey montó en cólera y envió tropas que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a su ciudad. Luego dijo a sus criados: La boda está preparada, pero los que estaban convidados no se lo merecían. Id ahora a las salidas de los caminos, y a todos los que encontréis invítadlos a la boda.

Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron malos y buenos. La sala del banquete se llenó de comensales.

Cuando entró el rey a echar un vistazo a los comensales, reparó en uno que ni iba vestido de fiesta y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de fiesta?

El otro no despegó los labios. Entonces el rey dijo a los camareros: Atadlo de pies y manos y arrojadlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y rechinar de dientes. Porque hay más llamados que escogidos. (Mt 22, 1-14).

La vida cristiana, la construcción aquí del reino, consiste en acoger y hacer hueco para que quepan todos, preparar un nuevo sitio para el que llega tarde, repartir lo que hay para que llegue a todos, salir a buscar a los hermanos que están ausentes. Y a la hora de rezar, acordarnos de que el banquete es el amor del Padre Nuestro y ponernos a orar con vestido de fiesta.

Si alguien quiere compartir su experiencia de oración hoy, es el momento para hacerlo. Terminamos con la oración pausada del Padrenuestro (manos extendidas).



VOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «PADRE NUESTRO»

Encuentro segundo.

(Si fuera posible se pone una música suave)

Seguimos reflexionando y orando sobre **Nuestro** Padre Dios. Ya criticamos el adjetivo «mío», vamos a seguir viendo cómo su Amor nos empuja a amar.

Vamos a intentar visualizar con nuestra imaginación uno de esos estanques en los que se almacena en el campo el agua para regar. Está lleno de agua hasta los bordes, agua que no está ahí para quedarse estancada, sino para dar vida y fecundidad a las tierras de alrededor. Pero el estanque tiene unas compuertas que cierran el paso del agua a los conductos o acequias por las que puede llegar a la tierra. Observa la presión del agua sobre ellas y la resistencia que ofrecen para no dejarla salir...

Imagina ahora que tu corazón es ese estanque, el agua es ese amor de Dios, tal como dice S. Pablo...

«...porque el amor que Dios nos tiene inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm. 5,5).

...y las compuertas son los obstáculos que impiden que ese amor alcance a los que te rodean y los inunde de vida y de alegría: ¿cuáles son tus compuertas?, ¿tus egoísmos?

Ponte delante de Jesús tal como eres y pídele que te ayude a levantar esas compuertas, las tuyas, analízalas bien. Pide que te ayude a quitar esos obstáculos que no dejan que el amor del Padre pase a otros. Confía en su fuerza y decídette a abrir tu corazón. Siente cómo fluyen en tí la comprensión, la ternura, la generosidad, la atención, la confianza en los otros,... Observa el efecto que ese agua produce a tu alrededor.

Mira de nuevo a tu corazón y verás que no se ha quedado vacío, sino que está más lleno, todavía puede seguir dando. Terminemos este rato de encuentro con el Padre, en el Hijo por el Espíritu pidiéndole que nos haga cada vez más hermanos los unos de los otros y en especial de los que más sufren. Nos puede ayudar en nuestra oración estos textos de los obispos españoles:

«El encuentro con el pobre no puede ser para la Iglesia y el cristiano una mera anécdota intrascendente, ya que en su reacción y en su actitud se define su ser y también su futuro. (...) Bien puede afirmarse que el ser y el actuar de la Iglesia se juegan en el mundo de la pobreza y del dolor, de la marginación y de la opresión, de la debilidad y del sufrimiento».

Docum. Iglesia y los pobres 10.

*«¿Cómo es posible que en un mundo que ha alcanzado las **mayores** cotas de progreso de la historia, exista esa fila intolerable **de** pobres y marginados, producto de las grandes desigualdades **sociales** entre el hemisferio Norte y el Sur, así como en las sociedades más avanzadas del «primer mundo» las «bolsas de pobreza» que coexisten junto a un consumismo desmedido, la opulencia y el despilfarro?».*

C. E. de Pastoral Social.



VOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «PADRE NUESTRO»

Encuentro tercero.

(Se presisan recortes de periódico con noticias o fotografías que sean señales de esperanza o de desilusión, de alegría o sufrimiento).

Cogemos cada uno una noticia y nos paramos unos momentos repitiendo interiormente «Padre Nuestro» tratando de hacernos conscientes del amor que el Padre tiene por cada una de esas personas afectadas por tu noticia. Para tí esas personas seguramente sean desconocidas, para Dios no, porque Él se muestra como el compasivo, el que padece lo bueno y lo malo con el otro, llegándose a poner en su pellejo. ¿Es esta tu actitud o por el contrario eres indiferente ante lo que a otros sucede?

Hasta tal punto ha llegado la compasión de Dios que se ha hecho uno de nosotros...

«Entre vosotros tened la misma actitud del Mesías Jesús:

Él, a pesar de su condición divina no se aferró a su categoría de Dios; al contrario, se despojo de su rango y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos.

Así, presentándose como simple hombre, se abajó, obedeciendo hasta la muerte y muerte en cruz

Por eso Dios lo encumbró sobre todo y le concedió el título que sobrepasa todo título; de modo que a este título de Jesús toda rodilla se doble - en el cielo, en la tierra, en el abismo,...- y toda lengua proclame que Jesús, el Mesías, es Señor, para gloria de Dios Padre». (Flp. 2,5-11).

Dios no se pudo quedar en su pedestal divino, sino que sintió la necesidad de vivir nuestra vida para amarnos hasta el extremo. Ha sido capaz de sentir como cada uno de nosotros. Siente a las personas de tu noticia envueltas en ese amor incondicional que las conoce hasta el fondo, las perdona, las acoge en su fidelidad sin límites.

Intercede, da gracias, suplica al Dios Padre Nuestro por esas personas de tu noticia... Intenta también traer hasta tu ambiente esa noticia, quizás conozcas algún hecho cercano que sea parecido, hazlo tuyo, ponte en el pellejo de la otra persona, sé compasivo en esta oración con esos hermanos. Podemos poner en común nuestra oración en forma de petición o alabanza.

Date cuenta de si algo ha cambiado en tí en cuanto a tu actitud hacia esas personas a partir de esta conciencia de tener a un Padre común y que ese amor suyo que tú experimentas hacia tí, no te pertenece en exclusiva sino que abarca a cada hombre. Siéntete vinculado a ellas por una fraternidad nueva que te permite ahora decir con más verdad Padre Nuestro... (Lo oramos lentamente con las manos extendidas)

Sugerencia: Podemos seguir orando en este sentido propuesto con el texto del Buen Samaritano: Lc 10, 25-37.



VOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «SANTIFICADO SEA TU NOMBRE».

Encuentro I.

(Preside la frase se S. Ireneo de Lyon: «La gloria de Dios es que el hombre viva, y la gloria del hombre es la visión de Dios», que se escribe encima de la silueta de un hombre que nos servirá para confeccionar el retrato robot).

«Hablar del nombre de Dios es una manera respetuosa de evitar hablar de Dios mismo, salvaguardando su trascendencia. Decir el nombre de Dios es llamarle reconociendo su condescendencia de haberse revelado al hombre, de haberle salido al encuentro y haberse hecho invocable.

Para el nombre de Dios se pide que sea «Santificado», es decir, que sea reconocido como santo. La santidad de Dios no es algo que le sitúe en el terreno de la perfección ética. ¿Qué sentido tendría decir de Dios que es virtuoso? (...) Decir de Dios «Santificado sea tu nombre» es prestar nuestra voz para que resuene en el mundo la gloria de Dios, es sobre todo, prestar nuestra vida para que en ella se transparente su santidad, el brillo de su presencia».

Juan Martín Velasco

Se santifica el nombre de Dios no sólo en los mal llamados «actos espirituales»: celebración de los sacramentos, rezo del Rosario, oración personal o comunitaria,... Se santifica el nombre de Dios con la vida toda. Toda nuestra vida está llamada a proclamar la gloria de Dios y de su santo nombre. Tú, como el profeta Jeremías y tantos otros a lo largo de la historia de la salvación, estás llamado a ser plaza fuerte que manifieste en medio de los hombres el nombre santo de Dios, tu persona, a pesar de todas tus deficiencias...

«El Señor me dirigió la palabra:

-Antes de formarte en el vientre te escogí, antes de salir del seno materno te consagré y te nombré profeta de los paganos.

Yo repuse:

- ¡Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho.

El Señor me contestó:

- No digas que eres un muchacho: que a donde yo te envíe, irás; lo que yo te mande, lo dirás. No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte -oráculo del Señor-.

El Señor extendió la mano, me tocó la boca y me dijo:

- Mira, yo pongo mis palabras en tu boca, hoy te establezco sobre pueblos y reyes, para arrancar y arrasar, destruir y demoler, edificar y plantar.

Tú, cínnete, en pie, diles lo que yo te mando. No les tengas miedo; que si no yo te meteré miedo de ellos. Yo te convierto en plaza fuerte, en columna de hierro, en muralla de bronce, frente a todo el país, frente a los reyes y príncipes de Judá, frente a los sacerdotes y terratenientes; lucharán contra tí, pero no te podrán, porque yo estoy contigo para librarte -oráculo del Señor-.

(Jer 1, 4-10.17-19)



El Señor está contigo no temas. Te llama para que des a conocer su nombre. (Ya sabes que toda petición que le hagamos al Señor es también una tarea nuestra, no podemos quedarnos mirando al cielo...). Mira durante unos momentos tus cualidades, esos dones que Dios te ha dado, esas palabras que Él pone en tu boca, todo aquello a través de lo cual se puede traspasar su bondad y cariño hacia los demás. Ponte en su presencia en actitud profunda de disponibilidad, de apertura, de súplica humilde para que todo en tí se ponga a su servicio.

Recorre ahora con la imaginación los ambientes que te son familiares, un día cualquiera tuyo, las personas con las que te relacionas, tu trabajo, tu casa,... ¿Cómo santificas tú al Padre Nuestro en esas situaciones? ¿Cómo crees que Dios Padre Nuestro se puede entender mejor ahí desde lo que tú haces? ¿Qué están necesitando esas personas para que el nombre de Dios sea el de Padre?

Vamos ahora entre todos, después de este rato de silencio, a realizar el retrato robot del hombre y la mujer que viven hoy santificando el nombre de Dios. Aquellos o aquellas que piensen una cualidad que conforma a este retrato robot, se levantan y la escriben, diciéndola en voz alta.

Terminamos extendiendo nuestras manos en señal de súplica y disponibilidad y oramos con la oración que el Maestro nos dejó.



UOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «VENGA A NOSOTROS TU REINO»

Encuentro 1.

(Se precisan una escoba y una corona).

Cuando Jesús invita al seguimiento no propone un programa, ni desvela la meta. Sólo en ese caminar tras el Maestro, el discípulo irá descubriendo a dónde le lleva el seguimiento. Es como si Jesús no quisiera asustar a los que tímidamente se han acercado a Él y sólo les pone delante, en un primer momento, su propia persona y las huellas de sus pisadas para que, sabiendo que no van a caminar solos, se arriesguen a emprender un camino que se va a ir haciendo cada vez más exigente.

Esa misma pedagogía es la que emplea Jesús para enseñarnos a orar. Tras invitarnos a abrirnos a la ternura de Dios Padre nos agarra de la mano y nos saca fuera de los muros que intentamos levantar en nuestra relación con Dios para que nadie nos moleste.

Reinar en el pueblo de Israel es estar pendiente de las necesidades de aquél que más lo necesita. Reinar es servir y servir es reinar, por eso estamos utilizando como signos para esta petición del Padrenuestro esa escoba y esa corona, esos son los signos del reinado de nuestro Dios. Ambos son inseparables en la persona de Jesús, el rey de reyes. El reino de Dios quiere decir que lo último para Jesús no es Dios a secas, sino Dios en su relación con la historia de los hombres. El reino de Dios no es sólo cosa del más allá, Dios quiere una historia según su amor en medio de los demás hombres. De eso es lo que hay que tener hambre y sed, pero como no resulta fácil, porque nuestra tendencia espontánea es refugiarnos en el patio estrechito de nuestro individualismo, el Maestro único que es Jesús nos ayuda en el Padrenuestro a derribar muros y a salir a ese campo abierto que es el mundo desde el que pedimos: «Venga a nosotros tu reino».

Leemos con detenimiento este texto del profeta Isaías:

«Mirad, yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva: de lo pasado no habrá recuerdo ni vendrá pensamiento, sino que habrá gozo y alegría perpetua por lo que voy a crear; mirad, voy a transformar a Jerusalén en alegría y a su población en gozo. Me alegraré de Jerusalén y me gozaré de mi pueblo y ya no

se oiran en ella gemidos ni llantos; ya no habrá allí niños malogrados ni adultos que no colmen sus años, pues será joven el que muera a los cien años, y el que no los alcance se tendrá por maldito. Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán frutos, no construirán para que otro habite ni plantarán para que otro coma; porque los años de mi pueblo serán como los de un árbol y mis elegidos podrán gastar lo que sus manos fabriquen. Serán semilla bendita del Señor y, como ellos, sus retoños. Antes que me llamen yo les responderé; aún están hablando y los habré escuchado. El lobo y el cordero pastarán juntos, el león, como el buey, comerá paja. No harán daño ni estrago por todo mi monte Santo, dice el Señor. (Is. 65, 17-24)

Este sueño del profeta describe con símbolos poéticos lo que sería el mundo según el amor de Dios, su proyecto sobre la historia humana: el reino de Dios. Releelo y trata de mirar qué valores están presentes en el texto sin nombrarlos: paz, solidaridad, justicia....

Construye tú otro «sueño profético» a partir de la situación en la que vive nuestro mundo. Hazlo en forma de petición en voz alta y todos respondemos «Venga a nosotros tu reino». Terminamos con el Padrenuestro extendiendo nuestras manos como signo de dependencia y humildad ante el único que sabemos nos puede sustentar a la hora de construir esta historia de salvación.



VOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «VENGA A NOSOTROS TU REINO»

Encuentro 2.

(Seguimos utilizando la corona y la escoba)

Vamos a leer varias comparaciones de las que Jesús hace sobre el reino, párate en aquella que más te llame la atención y medítala. Se trata no de mucho pensar, sino de mucho amar, hazla tuya, rumíala.

«Se parece el reinado de Dios a un tesoro escondido en el campo; si un hombre lo encuentra, lo vuelve a esconder, y de la alegría va a vender todo lo que tiene y compra el campo aquél.

Se parece también el reinado de Dios a un comerciante que buscaba perlas finas; al encontrar una perla de gran valor fue a vender todo lo que tenía y la compró.

Se parece también el reinado de Dios a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan, reúnen los buenos en cestos y tiran los malos...»

(Mt. 13, 44-49)



«Así es el reinado de Dios, como cuando un hombre siembra la simiente en la tierra; él duerme de noche y se levanta por la mañana y la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano en la espiga. Cuando la cosecha está a punto, mete enseguida la hoz, porque ha llegado la siega.

Se parece también a un grano de mostaza; cuando se siembra en la tierra es la semilla más pequeña de todas, pero, una vez sembrada, brota, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden anidar en su sombra»

(Mc. 4, 26-32)

Con la imagen que hayas escogido repite una y otra vez, «venga a nosotros tu reino». Dejamos un tiempo de silencio donde cada uno puede comentar su experiencia de oración, comentar lo que ha supuesto la meditación de las parábolas, decir qué es para él el reino de Dios,...

De entre la asamblea, un lector va a hacer en voz alta la oración que tenemos a continuación. Terminamos como siempre con las palabras del propio Jesús pidiéndole que se haga presente en medio de nosotros: Padrenuestro.



VEN, SEÑOR, A NUESTRAS VIDAS

Desde nuestra fe pobre, nos atrevemos a hablarte a Tí,
Padre y Madre de todos nosotros.

Queremos bendecirte y darte gracias por la venida de tu Hijo,
el Mesías que ha llegado a nuestra tierra para no abandonarla nunca más.
Ahora comparte, y Tú con él, todas nuestras luchas,
nuestras alegrías y sufrimientos.

Se ha puesto a caminar con nosotros,
como Tú acompañaste al Israel emigrante del desierto y el exilio.
Tú le has resucitado para que sea nuestro compañero de camino.

Pero, como los discípulos de Emaús,
no le reconocemos en el viajero que nos interpela y cuestiona.
Abre nuestros ojos somnolientos y apagados, reaviva su luz
para que puedan contemplar su Adviento, su Venida,
y descubrir su presencia en nuestra vida, en nuestro entorno,
sobre todo en los pobres y en las víctimas de nuestra sociedad.
Confesamos que ellos, junto con Él, son el único camino,
la única verdad, la única vida.

Te damos gracias por el testimonio que ellos y ellas nos
transmiten esperando contra toda esperanza.

Nuestra esperanza es débil, pero a nuestro lado,
las hermanas, los hermanos más pequeños,
aguardan con firmeza inquebrantable la Venida de una justicia,
una paz, una reconciliación plenas y finales.

Te agradecemos estos signos que nos ofreces
para reavivar las brasas de nuestra frágil esperanza.

Pero queremos acordarnos de aquellos que viven
en el desaliento, desesperanzados.

Te pedimos por los que han caído en la desesperación.

Que les llegue la Venida y que seamos nosotros samaritanos
para manifestarles, con nuestra obras, la Presencia del Hermano,
el Jesús crucificado que nunca les abandona.

En esta hora del Adviento, sentimos que todos navegamos
en un mismo barco, por un mismo mundo,
atravesando la niebla espesa de la angustia.
Que tu Espíritu nos haga vislumbrar cómo en medio
de la tempestad y de las tinieblas viene hacia nosotros tu Hijo,
el Señor, para llevarnos a la otra ribera.
Sabemos que basta con levantar la mirada hacia Él
para no sucumbir. Pero lo olvidamos y caemos.
Que tu Espíritu nos de ánimos de fortaleza para acogerlo
y dejarnos acoger por Él; para ahuyentar el miedo
y creer en su mensaje de que Tú eres Padre-Madre de todos.
En tu seno nace la fuerza del Amor que nos llena de confianza,
nos moviliza y empuja hacia la otra orilla.
Allí arribaremos dejando un día atrás la noche,
cuando despunte el alba y llegue la mañana
de una aurora sin ocaso.
En la paz de la playa, en torno al fuego, recibiremos
el alimento de los resucitados. Y aparecerá esplendente
el sol de justicia que alumbrará la nueva tierra.
Allí estará junto a nosotros, en el nuevo cenáculo,
la mujer humilde del evangelio, María; ella creyó por
el anuncio del ángel de que para Dios nada hay imposible.

Luis Maldonado

Sugerencia: Podemos trabajar el texto de Mt 13, 1-43, donde se nos narra la parábola de la semilla que puede caer en diferentes terrenos, y cómo desde ella Jesús le explica a sus amigos los secretos del reino.

VOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «VENGA A NOSOTROS TU REINO»

Encuentro 3.

(Seguimos utilizando la escoba y la corona)

El peor fallo en el que puede caer una relación de amistad es la rutina y la monotonía, el no vivir todos los encuentros como únicos e irrepetibles. También esto nos puede pasar en la oración, que pasemos de puntillas por él. El intento que estamos haciendo con este desglose de la oración dominical es precisamente para evitar esta rutina. En nuestra comunidad parroquial hay un himno que proclamamos a diario y que puede suponer un encallecimiento de su sentido y significado. Es el Magnificat. Vamos a acercarnos a él desde esta petición que estamos haciendo: «Venga a nosotros tu reino».

Este texto es una alabanza jubilosa de María porque ella está presenciando cómo el reino es una realidad. Se hace presente en su vientre, con Jesús, y en una serie de signos que acompañan esa venida. Vamos a recorrerlo lentamente, parándonos en cada uno de esos signos: los pequeños, los hambrientos, los humillados, son enaltecidos y colmados de bienes; todo lo que es soberbia, riqueza, dominación, queda derribado.



«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el poderoso ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. El hace proezas con su brazo; dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia -como lo había prometido a nuestros padres- en favor de Abrahán y su descendencia por siempre».

(Lc. 1, 46-55)

Vamos a convertir en súplica este himno y nos paramos en cada verso repitiendo: «Venga a nosotros tu reino». Por ejemplo: Señor, que tu misericordia llegue a tus fieles de generación en generación...(Venga a nosotros...). Señor, derriba del trono a los poderosos...

Esperar que venga el reino de Dios, es confiar en que todo pueda cambiar por la fuerza de Dios, que es el Amor. Ya hay signos de su victoria pero todavía nos queda un trecho para degustarla en plenitud. Vamos, con confianza a esperar de él nuestra conversión al reino.



CON LA FUERZA DE DIOS...

- ✓ Todavía tendré ocasión de querer a los que no me gustan.
- ✓ Todavía pondré ilusión en realizar el trabajo de cada día.
- ✓ Todavía experimentaré la gratuidad de Dios.
- ✓ Todavía aprenderé a ser humilde recordando la familia de Nazaret.
- ✓ Todavía podré reaccionar ante la injusticia.
- ✓ Todavía podré sembrar la paz en mi entorno.
- ✓ Todavía estarás en los marginados y en los sufridos y yo podré verte.
- ✓ Todavía creo que me quieres a pesar mío.
- ✓ Todavía podré practicar la Ley del Amor.
- ✓ Todavía puedo despojarme un poco más de cosas que me sobran y compartir mejor.
- ✓ Todavía puedo ser más sufrido y paciente con mi hermano y conmigo mismo.
- ✓ Todavía puedo estar más cerca de los que sufren.
- ✓ Todavía puedo ser mejor profeta de la fraternidad.
- ✓ Todavía puedo ser más entrañable y compasivo, más cercano y cordial.
- ✓ Todavía puedo limpiar más mi corazón y llenarlo de luz y de Espíritu.
- ✓ Todavía puedo construir y sembrar más reconciliación.
- ✓ Todavía puedo dar más la cara por los pobres e inocentes aunque me la partan.
- ✓ Todavía puedo hacer esa visita.
- ✓ Todavía puedo cultivar más mi fe.
- ✓ Todavía puedo mejorar mi carácter.
- ✓ Todavía puedo aceptar ese compromiso.
- ✓ Todavía puedo sonreír más, confiar más, esperar más, amar más,...

Manos abiertas se necesitan para acoger el reino que viene, corazón generoso para derramar tanto amor como se nos regala, pies ligeros para estar siempre en marcha... Oremos juntos con la oración del Señor.

UOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «HÁGASE TU VOLUNTAD»

Encuentro 1.

(Para esta parte del Padrenuestro vamos a utilizar como signo una soga. Ella por un lado nos va a indicar la esclavitud que suponen para muchos cristianos las normas y por otro lado la verdadera atadura: estar atado, aliado al Otro y a los otros y juntos ser felices desde la libertad. En definitiva vivir desde la única Norma, esa es su voluntad).

¡La voluntad de Dios! Pocas expresiones han sido tan manipuladas, traídas y llevadas como ésta. Demasiadas veces se ha querido reducir a mandamientos, leyes, normas, órdenes. Demasiadas veces hemos creído ver en ella una jaula para nuestra libertad o unos estrechos railes de los que el trenecillo de nuestra vida no podía salirse sin descarriar. Demasiadas veces hemos recurrido a ella para justificar lo injustificable o para apelar a la resignación...

Nos hemos quedado durante mucho tiempo en el Antiguo Testamento no haciendo mucho caso a Jesús. Hemos hecho excesivo caso al sermón del monte que pronunció Moisés (el decálogo, los diez mandamientos) creyendo que cumpliéndolos seríamos buenos cristianos. ¡Y no es así para nuestra felicidad! El que cumple eso diez mandamientos no es una mala persona pues no hace el mal, pero ¿hace el bien?. Ese es el paso que da Jesús. Con las bienaventuranzas nos abre el camino de la libertad con dirección a la felicidad. Escuchemos el sermón del monte que pronunció Jesús.

«Al ver Jesús el gentío subió a la montaña, se sentó y se le acercaron sus discípulos. El tomó la palabra y se puso a enseñarles así:

Dichosos los que eligen ser pobres, porque éstos tienen a Dios por Rey.

Dichosos los que sufren, porque éstos van a recibir el consuelo.

Dichosos los no violentos, porque éstos van a heredar la tierra.

Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque éstos van a ser saciados.

Dichosos los que prestan ayuda, porque éstos van a recibir ayuda.

Dichosos los limpios de corazón, porque éstos van a ver a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz, porque a éstos los va a llamar Dios hijos suyos.

Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, porque éstos tienen a Dios por Rey.

Dichosos vosotros cuando os insulten, os persigan y os calumnien de cualquier modo por causa mía. Estad alegres y contentos, que Dios os va a dar una gran recompensa; porque lo mismo persiguieron a los profetas que os han precedido».

(Mt. 5, 1-12)

Sería bueno que nos parásemos en cada bienaventuranza y no pensar si la cumplo o no como si se tratase de una norma más, sino contemplar ante Dios si soy feliz, si me realizo como persona y como cristiano cuando las vivo. Dios quiere tu felicidad, tu dicha, esa es su voluntad. Habrá que preguntarse si siguiendo ese estilo de vida que dimana de las bienaventuranzas yo voy a ser feliz y si me quiero poner manos a la obra. Si encuentras la felicidad en otros valores o en otras cosas, todavía estás a tiempo de dar un giro en tu vida o de volver definitivamente tu espalda a Dios y desde Él a los demás.

María quiso cumplir siempre la voluntad del Padre: *«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra...»* Pide que interceda por tí, por nosotros. Vamos a dirigir nuestras peticiones al Padre con su maternal intercesión. A cada petición respondemos: *María, mujer dócil a la voluntad del Padre, intercede por nosotros.*

Manos abiertas para amar, para realizar la voluntad de Dios. Pidámosle que nos ayude a ser fieles y felices: Padrenuestro.



UOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «HÁGASE TU VOLUNTAD»

Encuentro 2.

Haz memoria en todo lo que hay en tu vida de rebeldía, resistencias, rechazo de la voluntad de Dios. Quizá lo sientes ante algunos acontecimientos de tu pasado, ante personas concretas o ante circunstancias personales que no acabas de integrar: tu salud, tus condicionamientos y limitaciones personales,... Quizás tienes miedo a lo que Dios puede pedirte o ser cristiano te resulta demasiado exigente. Siente todo eso como una carga que coges y metes en tu mochila, en una mochila imaginaria. Ponla sobre tus hombros y dirígete donde Jesús, él te espera en el huerto de los olivos, él está orando, es la víspera de su pasión. Acércate a él sin hacer ruido y quédate junto a él. Mírale con detenimiento. Lo ves postrado en el suelo y escuchas como dice:

«Abba, si es posible que pase de mí este cáliz, pero que no se haga como yo quiero sino como quieres Tú».

(Lc 22, 42)

Saca de tu mochila todo tu cargamento de rebeldías y ponlo en el suelo junto a tí. Deja que poco a poco, esa obediencia de hijo de Jesús, esa rendición incondicional ante la voluntad de su Padre vaya derritiendo todas tus resistencias. Únete a sus palabras, dile al Padre: «Hágase tu voluntad...», y repítelas lentamente al ritmo de tu respiración para que ese deseo vaya haciéndose realidad en tí.

Este deseo no es fácil, tendrás que poner toda tu carne en el asador para que haya transformación, confía en la ayuda de Dios pero no desdeñes en tu tarea.

«Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer».

(Conf. Hb 5, 1-10)

Vamos a recitar la historia de la flauta, desde ella vamos a descubrir como estamos hechos, llamados por Dios, para dar fruto, para ser su música agradable a los ojos de los demás.

Una caña en el cañaveral

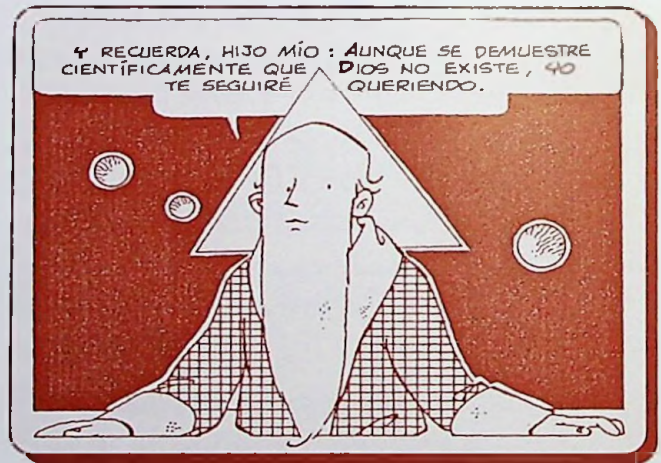
Yo era sólo una caña.
Había crecido como las demás
en el ambiente húmedo y apacible
de la orilla del río.
Pero mi vida no tenía mucho sentido.
No era ni árbol frutal
que alimentara a pájaros y niños,
ni rosal que llenara de color y aromas
los altares y las novias.
Sólo una caña hueca
a menudo agitada por el viento,
confundiendo la vida con el movimiento,
aunque a veces...
sonaba en mí como música la brisa.
Alguna vez... sentí envidia y me puse a soñar,
cuando se acercaba al río el pescador
y yo quería ser su caña de pescar.
Pero yo sólo era una caña vacía,
sin fruto y sin futuro en el cañaveral.



II

Me puse en sus manos

Un día de verano
se acercó el joven pastor hasta la orilla
entre silbos y cantares.
Y me tomó en sus manos,
y me puse en sus manos,
y arrancándome del lodo y del aburrimiento,
me llevó a la sombra de la encina,
donde las ovejas sesteaban.
Me acarició limpiándome el barro adherido
y con su navaja de pan partir,
fue haciéndome a su medida,
cortando lo sobrante,
puliendo lo tosco y desabrido,
abriéndome agujeros,
vaciando mi vacío,
dejándome yo hacer
al tacto de su dedos,
sin ya poner reparos,
sin miedos, ni recelos.
Y me probó en su boca
dándome el primer beso verdadero,
y para hacerme a sus labios,
me fue recortando en un extremo,
probando y volviendo a probar
mi ajustamiento.



III

Abierta ya a su espíritu

Yo sólo era una caña vacía
pero el pastor se enamoró de mi vaciamiento,
y al llevarme a la boca,
abierta ya a su espíritu,
su aliento llenó mi estéril oquedad
de soplo de vida, de fuego,
de música y armonía,
de vibraciones sonoras y melodías
al ritmo de sus dedos y a sus caricias.

IV

Soy su flauta

Yo era sólo una pobre caña,
pero puesta en manos del pastor,
soñada en sus sueños,
modelada a su aire y su estilo,
con el beso de sus labios
y su aliento,
movida al ritmo de sus dedos,
soy toda música,
soy ya una flauta,
su flauta,
la que lleva en el zurrón todos los días
junto al pan y el vino de merienda,
la flauta de su música
que ya conocen las ovejas
y les guía en el camino.

La flauta que llena de melodías
los campos y las tardes,
de alegría
el corazón de su zagala amante,
de sonrisas
el alma de los niños y los pobres.
Yo era sólo una caña
pero estaba llamada desde siempre
a cambiar mi vacío en música,
y ser flauta.

VOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA»

Encuentro 1.

(Para esta nueva petición que ahora meditaremos vamos a utilizar como signo, que nos ayude a recordarla durante la semana un pan. En la introducción que a continuación hacemos explicaremos su sentido).

Jesús no ha entrado en la historia bajo palio sino a la interperie y por eso sabe de hambre, de sed, de cansancios y de cuanto sus hermanos los hombres necesitamos el pan. Es de nuevo la ley de la encarnación, la decisión de Dios de asumir lo material, lo de abajo, eso que nosotros creemos que es «inferior» y que para Él no lo es porque lo ha hecho carne suya. El Padrenuestro nos enseña a reconciliarnos con todo eso, a dejar de imaginarnos a Dios por encima o al margen de nuestra corporeidad. «*La comunicación de Dios se hizo debilidad humana, lo eterno se encerró en nuestro tiempo, la inmensidad de Dios se volvió pobreza y limitación*».

Para ambientar la oración contamos la siguiente parábola:

«El discípulo preguntó al maestro: ¿Qué diferencia hay entre el cielo y el infierno? El Maestro contestó con una sonrisa cómplice en la boca: En el cielo y en el infierno hay grandes montones de arroz en los que todos han de comer; cuando llegas a un sitio y a otro te reparten unos grandes palillos con los que has de comerte el arroz; son enormes. La diferencia es que mientras en el infierno cada uno intenta, sin conseguirlo, comer con sus palillos, en el cielo se ponen por grupos unos en frente de otros y así se dan de comer para utilizar bien los enormes palillos».

Uno de los gestos de mayor densidad es el de comer con otros. Invitar a alguien a sentarse a su mesa es un signo de convivialidad, de aceptación recíproca que a la vez encierra dentro la promesa de una nueva relación, de una intensificación de vínculos.

Vamos a comenzar hoy nuestro rato de oración reviviendo algún momento en el que hayas comido con alguien, y en el que hayas vivido una relación especialmente estrecha con esa o esas personas. Trae a tu memoria los menores deta-

lles, los preparativos de la comida, el ambiente que había, la familiaridad y la sinceridad que se fueron creando, las confidencias de la sobremesa,...

A continuación escuchamos los preparativos de una de las comidas de Jesús. Imaginemos y pensemos cual sería la posterior conversación, de qué hablarían Jesús y Zaqueo, imagina aquel comedor, cámbiate por Zaqueo y habla tú a Jesús y deja que te hable, míralo a los ojos y déjate mirar,...

«Entró Jesús en Jericó y empezó a atravesar la ciudad. En esto un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de recaudadores y muy rico, trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura. Para verlo se adelantó corriendo y se subió a una higuera, porque tenía que pasar por allí. Al llegar a aquel sitio, levantó Jesús la vista y le dijo: Zaqueo, baja enseguida, que hoy tengo que alojarme en tu casa.

Él bajó enseguida y lo recibió muy contento. Al ver aquello murmuraban todos: ¡Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador!

Zaqueo se puso en pie y le dijo al Señor: Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres, y si a alguien le he sacado dinero, se lo restituiré cuatro veces.

«Jesús le contestó: Hoy a llegado la salvación a esta casa, pues también él es hijo de Abrahán. Porque este Hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido y a salvarlo».

(Lc. 19,1-10)



Tras la conversación pensemos en qué hemos de cambiar nosotros, a qué conversación nos invita Jesús desde su misericordia para con nosotros. Pongámonos un compromiso que transforme, al menos en parte, nuestra vida.

Juntos ahora compartimos el pan, lo pasamos y comemos un trozo mientras nos hablamos los unos a los otros de lo que nos ha parecido este encuentro con el Señor. Terminamos uniendo nuestras manos y dirigiendo como hermanos, la oración de los hijos, a nuestro Padre común.



VOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: **«DAÑOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA»**

Oración para hacer en casa.

Haz la experiencia de vivir en clima de oración una de tus comidas de hoy. Si eres tu mismo quien te la preparas, pon hoy más atención que de costumbre, con tus cinco sentidos en juego, trata de entrar en un contacto más intenso con los alimentos que estás empleando. Siente su olor, su tacto, su color,... piensa en el lento período de crecimiento que ha necesitado cada uno de ellos para llegar hasta tí y en las manos humanas que han intervenido en ese proceso. Deja desfilar por tu imaginación gentes del campo, del mar, de las fábricas, de los transportes, del mercado... Agradece honradamente todo ese ir y venir silencioso que te ha hecho posible tener hoy esos alimentos entre tus manos.

Antes de empezar a comer, párate unos momentos para reconocer la bendición de Dios que se expresa en los alimentos, en la comida que recibes como en ese día. Dale gracias por ella y al recordar a tanta gente en el mundo que no puede satisfacer su hambre, pide a Dios que tu corazón y el de todos los que tenemos pan se vuelva fraterno y creativo para que el pan compartido llegue a ser una realidad en el mundo.

Come despacio, sin avidez y sin prisa, saboreando lo que comes, disfrutando de la conversación, del bien-estar de tener a otros por compañeros (com-pañeros vine de com-paneros, es decir, los que comen el mismo pan). Al terminar de comer y por la noche, dedica unos minutos a pensar en quién o quienes has volcado la energía que te da cada comida. ¿Te alimentas para tí sólo o vas gastando en otros y al servicio de otros esa vida que te ha hecho posible el alimento?

«Hermanos, éstas son nuestras instrucciones en nombre del Señor Jesús el Mesías: Retraeos de todo hermano que lleva una vida ociosa y no sigue la tradición que recibió de nosotros. Bien sabéis en que forma hay que seguir nuestro ejemplo: estando con vosotros no estuvimos ociosos, no comimos el pan de balde a costa de alguien, sino con fatiga y cansancio, trabajando día y noche para no seros gravoso a ninguno. Y no es que no tuviéramos el derecho de hacerlo, pero queríamos presentarnos ante vosotros como un modelo que imitar, pero cuando estábamos allí os dimos esta norma: el que no quiera trabajar, que no coma».

(2 Ts 3, 6-11)

Como de costumbre, tras esa revisión, termina orando el Padrenuestro, saborea cada petición que haces al Padre, repítela más de una vez, que cale en tí.

VOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA»

Encuentro 2.

(Se precisan papeles y bolígrafos).

Vamos a comenzar este encuentro de oración recordando esa frase del Apocalipsis que dice:

«Mira que estoy llamando: si uno me oye y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos».

(Ap 3,20)

Caben dos posturas, abrir o no, estar dispuesto a compartir la mesa con Jesús o permanecer cerrados a Él y a su palabra. Leemos un poema de alguien que tenía miedo a abrir por el compromiso que le suponía y después haremos nuestra oración desde nuestra apertura a Él.

*¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta cubierto de rocío,
pasas las noches de invierno a oscuras?*

*¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí!; ¡qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!*

*¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía»!*

*¡Y cuántas, hermosura soberana:
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!*

Imagina que tú eres quien está con la mesa preparada y de pronto oyes a Jesús que te llama: le abres, lo acoges, le invitas a sentarse. Miras cómo bendice

el pan, cómo lo reparte contigo, cómo te sirve el vino y bebe él también. Empezáis a hablar, la sobremesa se prolonga, tú le escuchas hablar de lo que le alegra y le preocupa y tú le cuentas también tu vida y tus proyectos. Ya entrada la noche él se despide y se va. Tú te quedas saboreando el encuentro y soñando ya con preparar el siguiente...

No sólo de Jesús recibimos fuerza, apoyo o impulso, Él se ayuda de los que nos rodean para hacerlo. Compartimos su Pan y su Vino como comunidad cada vez que celebramos la eucaristía. Vamos, a continuación, a escribir en unos papeletos qué es lo que recibimos de nuestra comunidad parroquial, de aquellos con los que compartimos el pan de la eucaristía y el de la caridad. Cada uno después lo pone en común en forma de petición o acción de gracias.

Se termina con la oración del Padrenuestro uniendo nuestras manos.

Sugerencia: Se puede meditar el texto Lc 24, 13-35 en el sentido que aquí hemos propuesto.



VOSTROS CUANDO ORÉIS, DECID: **«DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA»**

Encuentro 3.

*(Se precisan papeles y bolígrafos. En la hoja de papel que se les entrega han de poner dos columnas, una la encabezarán con la palabra **mío** y la otra con la palabra **nuestro**).*

Con la mayor sinceridad posible pon debajo de **mío** aquellas cosas exteriores o interiores que posees: salud, sentidos, inteligencia, cualidades, tiempo, capacidad de amar, estudios, cosas materiales (dinero, casa, ropa, objetos personales...). Seguidamente puedes poner en la columna **nuestro** aquello que estás dispuesto a ofrecer, a poner a disposición de los otros si te lo piden o tú ves que lo necesitan. Hazlo con la mayor sinceridad posible para no engañarte a tí mismo.

Con tu lista en la mano, ponte delante de Jesús y léela con él sin culpabilizarte, si acaso no fuese como te gustaría. Escucha qué te dice Jesús sobre ella, déjale que te enseñe cómo ir pasando de una columna a otra toda tu persona, cómo puedes ir cambiando el «Yo» por el «nosotros» y el «mío» por el «nuestro».

El no guardó nada para sí, todo lo entregó, nada tenía. Se hizo pan partido y sangre derramada, donó hasta lo más profundo de su ser.

«Mientras comían, Jesús cogió un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dió a ellos, diciendo: Tomad, esto es mi cuerpo. Y cogieron una copa, pronunció la acción de gracias, se la pasó y todos bebieron. Y les dijo: Esta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos. Os aseguro que ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día aquel en que lo beba, pero nuevo, en el reino de Dios».

(Mc 14, 22-26)

Escucha tú como una confidencia secreta eso que dicen que él decía:

«Hay más alegría en dar que en recibir».

(Hch 20,35)

Concluimos como siempre con la oración del Padrenuestro y las manos extendidas pidiendo de forma especial que el pan de la Eucaristía que recibimos, nos transforme en personas entregadas y derramadas en favor de los demás, especialmente de los más necesitados.

VOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA»

Encuentro 4

Si la sección anterior nos fijábamos en el compromiso de compartir al que nos llama el «nuestro» de la oración del Señor, nos vamos a detener ahora en la dimensión temporal que evoca el «hoy» y su sentido en el contexto del mensaje de Jesús.

Jesús que es un buen pedagogo, debió querer corregir nuestra tendencia a escaparnos nostálgicamente hacia el pasado o ansiosamente hacia el futuro. Por eso nos coge de la mano y tira de nosotros hacia el presente, cuando nuestros pies se paran en el ayer o corren tratando de atrapar el mañana. Es aquí y ahora, es en el hoy y en el cada día donde se esconde el secreto de la vida. Es la tentación de considerar siempre como «penúltima» cualquier situación que vivimos y estar esperando eternamente que lleguen las circunstancias, las personas o los acontecimientos que nos permitan, por fin, vivir plenamente la vida. Y mientras, se nos va pasando esa vida y no nos damos cuenta de que en ese pan (tan corriente, tan sin importancia, tan insignificante), y en ese hoy (tan trivial, tan igual en apariencia a ayer y a mañana), es donde nos aguardan la vida y el don del Padre.

Para ir creando ambiente de oración y meditación en torno a nuestra vivencia del «hoy», vamos a escuchar este trocito de «El Principito» de A. de Saint-Exupéry:

-Buenos días, dijo el Principito.

-Buenos días, contestó el vendedor. Era un vendedor de píldoras que apagaban la sed.

-Tomando una a la semana ya no se siente la necesidad de beber.

-¿Por qué vendes esto?, dijo el Principito.

-«Supone una gran economía de tiempo» dijo el vendedor. «Los expertos han hecho cálculos. Se ahorran 53 minutos a la semana».

-«¿Y qué se hace con esos 53 minutos?».

-«Se hace lo que se quiere».

-«Yo, se dijo el Principito, si tuviera 53 minutos para gastar, andaría despacito hacia una fuente».

Conversa con Jesús sobre cómo vives el día a día: con prisa, con serenidad, con paz, con preocupación por el mañana,... Escucha las palabras que dijo un día y que el evangelio guarda como un tesoro:

«Y a sus discípulos les dijo: No andéis agobiados por la vida, pensando qué vais a comer, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir; porque la vida vale más que el alimento y el cuerpo más que el vestido. Fijaos en los cuervos: ni siembran ni siegan, no tienen despensa ni granero y, sin embargo, Dios los alimenta. Y ¡cuánto más valéis vosotros que los pájaros!

Y ¿quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida? Entonces, si no sois capaces siquiera de lo pequeño, ¿por qué os agobiáis por lo demás? Fijaos cómo crecen los lirios: ni hilan ni tejen, y os digo que ni Salomón en todo su fasto estaba vestido como cualquiera de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe?

No estéis con el alma en un hilo buscando qué comer y qué beber. Son los paganos los que ponen su afán en esas cosas; ya sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de eso.

(Lc. 12, 22-31)

Mira con detenimiento tu vida, tus preocupaciones, tus agobios, tus enfermedades,... déjalas en manos del Padre. Confíate en sus manos. Lo pueden hacer todo nuevo. Quédate en silencio y repítete las palabras de Jesús que tienen mucho de sabiduría y de cómo entendía él la vida. Deja que te vayan calando dentro, fiáte del que las dijo y deja caer tus resistencias, tus ansiedades, tus agobios, tus preocupaciones, dejándolos derretirse como una escarcha que se deshíela al estar expuesta al sol...

Para terminar este encuentro vamos, como de costumbre, a dirigirnos a Él con las palabras que el mismo Jesús pone en nuestra boca: Padrenuestro...

UOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «PERDONA NUESTRAS OFENSAS»

Encuentro 1.

(Se necesitan papeles, bolígrafos y un recipiente donde podamos encender fuego. No obstante, el símbolo que utilizaremos en los encuentros de oración en torno a esta petición serán unos anillos que expresan la unión que Dios ha establecido con su pueblo, su fidelidad y cómo desde ella, que la tenemos como alimento, podemos vivirla nosotros).

Probablemente ninguno de los aquí reunidos hayamos cometido un pecado mortal, es decir, no hemos roto nunca con Dios o con algún hermano de manera definitiva y voluntaria, no hemos traicionado jamás ese doble cariño a Dios y a los hombres que es nuestra opción fundamental. Si que es cierto que no siempre estamos en tensión para vivir ese doble amor y que se produce un enfriamiento en nuestro seguimiento, eso que llamamos pecados veniales o «heridas pecaminosas». De ellos nos arrepentimos normalmente, hoy lo vamos a hacer también. Cada cual va a escribir en su papel esas actitudes negativas que ha de ir sanando.

Ponlas delante del Señor, háblale a Él de tu debilidad, de tus tropezones, de tus caídas. Sé sincero, Dios ve en lo escondido. Pausadamente vamos a ir leyendo y escuchando la Palabra que Dios nos dirige:

«¿Es un hijo tan querido para mí Efraín o un niño tan mimado que, tras haberme dado tanto que hablar, tengo que recordarlo todavía? Pues, en efecto, se han conmovido mis entrañas por él: ternura hacia él no ha de faltarme».

(Jr. 31,20)

«Volveré a edificarle y será reedificado, palabra de Yahvé. Te he amado con amor eterno, por eso he reservado gracia para tí».

(Jr. 31,3-4)

«Yo sanaré su infidelidad, los amaré con largueza, pues mi cólera se ha apartado de ellos. Seré como rocío para Israel, él florecerá como el lirio y hundirá sus raíces como el Líbano».

(Os 14, 5-6)

«¿Cómo voy a dejarte, Efraín, como voy a dejarte, Israel? Mi corazón se revuelve dentro a la vez que mis entrañas se estremecen. No volveré a destruir a Efraín porque soy Dios, no hombre, en medio de tí soy Santo y no me gusta destruir».

(Os 11,8-9)

A esos pecados concretos que has escrito en tu papel y que son tu vida, se dirige Dios por medio de estos profetas que hemos escuchado. Déjale que te impregne de su amor, de su cariño entrañable hacia tí.

Terminamos echando los papeles en el cuenco y los quemamos, porque Dios se olvida de ellos por su amor infinito, y mientras, repetimos de forma nueva y única la oración del Señor.



VOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «PERDONA NUESTRAS OFENSAS»

Encuentro 2.

(Como símbolo para este encuentro de oración antes de comenzarla y para serenarnos miramos nuestros anillos y alianzas).

Es imposible saber, al mirar un círculo, cuál es su principio y cuál es su fin; por eso es la figura geométrica que con frecuencia empleamos para expresar el amor; eso significa el anillo de la alianza matrimonial. Algo parecido ocurre con el perdón, que es otra forma de experimentar el amor: No llegamos a saber nunca si es el sentirnos perdonados por Dios lo que nos lleva a perdonar a los otros, o si es precisamente el perdonar a otros lo que nos posibilita el perdón de Dios.

Jesús juega en el evangelio con estos dos cabos del perdón: en la parábola del hijo pródigo, en la oveja perdida, del acreedor que perdonó a sus deudores, es Dios quien perdona sin exigir ninguna condición previa. Así se nos descubre algo del corazón de Dios: su absoluta gratuidad, la incondicionalidad de su amor.

«Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja las noventa y nueve en el campo y va a buscar a la descarriada hasta que la encuentra? Cuando la encuentra se la carga a los hombros, muy contento; al llegar a casa reúne a los amigos y a los vecinos para decirles: «¡Dadme la enhorabuena! He encontrado la oveja que se me había perdido».

Os digo que lo mismo pasa en el cielo; da más alegría un pecador que se enmienda que noventa y nueve justos que no necesitan enmendarse».

(Lc 15, 4-7)

Haz tú ahora, memoria de lo que constituyen las historias más fuertes de tu historia, revive con el mayor detenimiento que puedas los grandes momentos donde Dios y su incansable amor se han hecho presentes en tu vida. Una vez tras otra te ha querido: tu nacimiento, tus padres y familiares cercanos, tus amigos de ayer y hoy,... Él como Buen Pastor ha salido a tu encuentro infinidad de veces. Una vez tras otra, te ha perdonado y acogido, te ha reconstruido y ha vuelto a dar a tu vida novedad y futuro. Deja que todo su ser se inunde de asombro y de agradecimiento y permanece en esa actitud un tiempo prolongado. Cuanto más

abajo eche raíces en tí esta seguridad de ser querido y perdonado por Dios, más te irás acercando al núcleo fundamental cristiano: «Déjate querer».

No obstante, en otros momentos, como hemos dicho, el acento recae sobre otro aspecto, el perdón del Padre está condicionado al perdón que nos concedamos unos a otros:

«Perdonad y os perdonarán».

(Lc 6,37)

«...Y perdónanos nuestras deudas que también nosotros perdonamos a nuestros deudores».

(Mt. 6,12)

Haz memoria ahora de esas experiencias tuyas o de otros en la que hubo la humillación suficiente para perdonar a ese amigo que te falló, a ese familiar que se empeñó en no saludarte, a ese otro que se quiso aprovechar de aquella situación,...





Y sigue la duda: que es antes, ¿perdonar o ser perdonados? Puede ser que haya un fallo en la fundamentación de la pregunta, no son dos amores distintos, es el mismo. El amor con que amamos a Dios es el mismo con que amamos a nuestros hermanos, y el mismo con que Dios nos ama: Su origen es el Espíritu Santo derramado en nuestros corazones. Y ese mismo Espíritu es el que nos hace posible acoger el perdón de Dios y convertirnos en perdonadores de nuestros hermanos.

Demos gracias juntos por todos esos momentos que en este encuentro de oración hemos puesto ante Dios: Por aquellos en los que Dios nos amó y por aquellos en los que nosotros amamos a otros, porque Él se hace Buen Pastor para nosotros y porque también nosotros lo hemos sido.

Y ese mismo Espíritu que es el origen del amor clama en nuestros corazones Abba, dirijamos nuestra oración a Él juntos: Padrenuestro.

VOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN»

Encuentro 1.

(El símbolo que podemos utilizar es el fuego que hace olvidar, acompañado de incienso, signo del buen olor de las buenas obras que sube hasta Dios).

Esta segunda parte de la quinta petición puede resultarnos la más atrevida de toda la oración del Señor porque, al pararnos en ella, nos damos cuenta de que estamos diciendo algo así como: «Pórtate con nosotros como nosotros nos portamos con los demás». Y eso, ni en nuestros mejores momentos de amor fraterno, nos atreveríamos a pedirlo.

Desde luego ésta sería una petición insensata si no fuera por el lugar que ocupa en el Padrenuestro y por lo tanto, dentro de la catequesis de la oración que hace el mismo Jesús. Y es que, antes de enseñarnos a decirla, nos ha enseñado a decir «Abba» y



por lo tanto, a abrirnos al misterio de un amor que nos constituye hijos y por lo tanto reconciliados, perdonados, y escandalosamente queridos. La invocación de Dios como Padre es el verdadero atrevimiento y todo lo demás que digamos no será más que una consecuencia de ello. El propio Jesús sabe de nuestra fragilidad: «No se fiaba de ellos porque sabía lo que hay en el hombre» nos dice en el evangelio de Juan, pero desde esa situación nueva de filiación que nos regala, empezamos a ser de otra manera, podemos comenzar a sentir, a pensar, a amar y

a actuar desde una novedad total que cambia nuestro corazón de piedra en un corazón de carne.

Cuando vivimos apoyados en esa roca nos es más fácil mirar con benevolencia y misericordia porque nuestros ojos están inundados por una luz que nos permite ver más allá de las apariencias. No es nuestro perdón lo que damos a los otros: Es el perdón de Dios el que desborda nuestros diques y sumerge en el mismo mar nuestros pecados y los de nuestros hermanos. Y esa roca es el amor de Dios.

«¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?, como dice la Escritura: Por tu causa somos muertos todo el día; tratados como ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquél que nos amó.

Pues estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna, podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro».

(Rom. 8, 35-39)

Nuestro corazón, lleno de viejos rencores, de durezas, de inflexibilidades y juicios condenatorios, tiene que derretirse al calor del amor de Dios. Pon ante Dios esos agravios y faenas que otros te hicieron y que te resulta difícil de perdonar, pon tu falta de confianza en esa persona que te falló incluso varias veces; si Dios siempre ofrece una nueva oportunidad: ¿no serás capaz tú de hacerlo desde su amor que nunca te abandona?. Pon ante su calor esa persona que no sabiendo bien porqué te cae tan mal. Pon ese genio, ese rencor, esa soberbia que te hace difícil perdonar al otro. Pon ese orgullo que no te hace respetar a los otros y aceptarlos tal y como son.

Como ya hemos dicho nuestro amor, nuestro perdón, es el de Dios, invoquemos pues al amor de Dios para que venga hasta nosotros y camine con nosotros. Tras la oración al Espíritu nos dejamos arrastrar por él y juntos oramos al Padre Dios.

INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Espíritu Santo que eres viento:
llévame donde quieras;

eres brisa:
déjame respirar de nuevo;

eres fuerza:
levántame del suelo;

eres vida:
dame pasión por la vida;

eres alimento:
nútreme de tu savia;

eres luz:
ilumíname con tus rayos;

eres calor:
calienta mi existencia;

eres libertad:
hazme libre;

eres fecundidad:
cúbreme con tu sombra;

eres agua viva:
dame de beber;

eres respuesta:
dame fuerza para decir sí
al Padre,
al Hijo
y a tí, Espíritu Santo.



UOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID: «NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN»

Encuentro 2.

(Se puede tener encendido el fuego con el mismo sentido que en el encuentro anterior).

Comenzamos leyendo muy lentamente la parábola del siervo sin entrañas:

«Se parece el reinado de Dios a un rey que quiso saldar cuentas con sus empleados. Para empezar, le presentaron a uno que le debía millones. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, con su mujer, sus hijos y todas sus posesiones, y que pagaran con eso.

El empleado se echó a sus pies suplicándole: Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré todo.

El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda.

Pero al salir, el empleado encontró a un compañero suyo que le debía algún dinero, lo agarró por el cuello y le decía apretando: Págame lo que me debes.

El compañero se echó a sus pies suplicándole: Ten paciencia conmigo que te lo pagaré.

Pero él no quiso, fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía.

Al ver aquello sus compañeros quedaron consternados y fueron a contarle a su señor lo sucedido. Entonces el señor llamó al empleado y le dijo: ¡Miserable! Cuando me suplicaste te perdoné toda aquella deuda. ¿No era tu deber tener también compasión de tu compañero como yo la tuve de tí?

Y su señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda su deuda.

Pues lo mismo os tratará mi Padre del cielo si no perdonáis de corazón, cada uno a su hermano.

(Mt 18, 23-35)

Después de un rato de silencio, compartir en pareja lo sentimientos que os ha producido esta lectura y las dificultades que cada uno tiene para perdonar. Al principio este ejercicio os puede parecer un tanto fuerte porque os teneis que abrir a los otros, pero no hay perdón si no hay humildad en reconocer uno mismo sus propios fallos.

Dejad después otro rato de silencio e interceded en oración unos por otros, poniendo las dificultades del otro delante de Dios para que con su Espíritu las transforme. Pedid con insistencia la capacidad de perdonar.

Esta parábola puede ser realidad hoy, y nosotros podemos haber vivido situaciones parecidas, o conocemos a personas que las han vivido. Vamos a revivirlas delante del Señor, pero poniéndole un final feliz en el que se de una reacción coherente con la petición del Padrenuestro.

Juntos recitamos esta oración.

Más que el pan, necesitamos, Padre, tu perdón.
El pan es vida del cuerpo,
el perdón es vida del alma,
es alegría profunda, libertad recuperada.
Necesitamos que nos mires con ternura, que nos sonrías,
no podríamos aguantar tu enfado mucho tiempo.
¿Sábes cuánto te debemos?
Ni tú lo sabes, porque no llevas cuenta,
y olvidas fácilmente.
Nuestra deuda es impagable, seguro,
y crece cada día, una deuda acumulada.
Nos diste vida, gracia y bendiciones,
y te pagamos con olvido y menosprecio.
Perdona una y otra vez, Padre,
setenta veces siete, las que sean;
no nos pongas mala cara,
no nos trates con justicia.
Nosotros perdonaremos las ofensas recibidas,
lo sabemos, borron y cuenta nueva, es lo correcto;
pero perdona Tú primero, que aprendamos,
que se ablande nuestro corazón con tu clemencia.
Enséñanos qué es eso de la misericordia,
enséñanos con tu perdón a perdonar,
dinos que hay más alegría en el perdón que en la venganza;
dinos que tú pagarás las deudas perdonadas,
que en el cielo nadie puede entrar
teniendo todavía pendiente alguna cuenta,
porque el cielo es gracia, todo gracia.
Enséñanos a ser generosos,
cambia nuestro corazón mezquino,
que los rencores sean sepultados.

Terminamos nuestro encuentro con la oración del Señor.

**UOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID:
«NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN»**

Encuentro 3.

(Podemos seguir manteniendo un cuenco con fuego durante la celebración).

Comenzamos tras una breve introducción y preparación a la oración, con el siguiente texto evangélico:

«Llegaron a Jericó; al salir de la ciudad con sus discípulos y bastante gente, un mendigo ciego, Bartimeo (el hijo de Timeo), estaba sentado a la vera del camino. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí.

Muchos le regañaban para que se callara, pero él gritaba mucho más:

Hijo de David, ten compasión de mí.

Jesús se detuvo y dijo: Llamadlo.

Llamaron al ciego diciéndole: Ánimo levántate que te llama. Echó a un lado el manto y se acercó a Jesús.

Jesús le dijo: ¿Qué quieres que haga por tí?

El ciego le contestó: Maestro que vea otra vez.

Jesús le dijo: Anda, tu fe te ha curado. Al momento recobró la vista, y lo siguió por el camino».

(Mc. 10, 46-52)

Vamos a intentar producir en nosotros los mismos sentimientos de Cristo tal y como invita S. Pablo a los cristianos de Filipos. Seguramente hay en tu vida de relación, personas a las que te cuesta tratar, gente que, de alguna manera, consideras enemiga, o al menos no amiga; alguien que al no estar en tu misma clave de ideas y sentimientos, te hace difícil la convivencia. Ponte en actitud orante y trae a esa persona hasta tí, hasta este rato de oración. Revive tus dificultades de relación, las interferencias y rechazo que sientes frente a ella. Acércate a Jesús y extiende delante de él todos esos sentimientos, a la vez que repites, una y otra vez como el ciego del evangelio: «Jesús ten piedad de mí»... Pronuncia el nombre de esa persona y trata de mirarla ahora como la miraría Jesús y de sentir hacia ella lo que Jesús siente. Imagina cómo Jesús le impone las manos, cómo la acaricia, cómo la agarra de sus manos para que la siga,...

Cuando te sientas capaz, después de haber mirado muchas veces cómo lo hace Jesús, haz tu también ese mismo gesto suyo de perdonar, bendecir y acoger. Hazte consciente después de si ha cambiado tu actitud hacia esa persona.



Vamos ahora de tratar expresar esto que hemos orado con un símbolo, con el gesto de la paz. Para ello, contempla un rato tus manos cerradas; trata de expresar a través de ellas dureza u hostilidad. Reza el Padrenuestro repitiendo varias veces la petición «perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden», y abre después las manos lentamente, como para acoger el perdón que te regala gratuitamente el Padre. Siente que ese perdón está en tus manos para circular, para compartirse, para alcanzar a otros. Finalmente extendidas nuestras manos hacia arriba hacemos al compañero o compañera de al lado la señal de la cruz en su palma, son bendecidas por Dios con su amor para ser perdonadas. Para expresar que esas manos están dispuestas a compartir ese perdón y no a guardarlo, y así perderlo, vamos todos a realizar el abrazo o el beso de la paz.

Juntos como hermanos hacemos la oración de Jesús.



VOSOTROS CUANDO ORÉIS, DECID:
«NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN
Y LÍBRANOS DEL MAL»

Encuentro I.

«Después de todo esto, al fin del Padrenuestro viene una cláusula que contiene en compendio todas nuestras peticiones y súplicas... Cuando decimos, pues, líbranos del mal nada queda ya por pedir, puesto que de una vez pedimos la protección de Dios contra todo mal; y, obtenida ésta, estamos seguros y a cubierto frente a todo lo que puedan tramar el diablo y el mundo. ¿Quién, pues, puede tener miedo al mundo, si Dios le ampara en el mundo?».

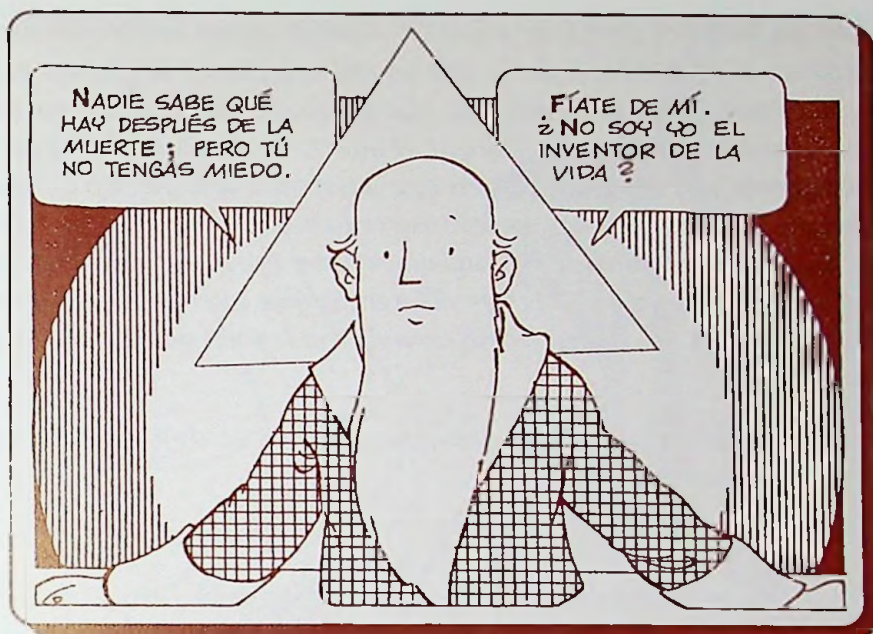
S. Cipriano.

Con este texto queremos concluir estos guiones de oración que acompañan a esta última petición. Después de habernos metido Jesús por medio de esta escuela de oración que es el Padrenuestro en la esfera salvífica del perdón, la santificación, el reino,... parece como si nos quisiera traer de nuevo a nuestra más absoluta realidad: Nuestra fragilidad congénita, nuestra limitación, nuestra debilidad y pecado tan necesitada de la fuerza de Alguien mayor.

Es un tema éste de la fragilidad del hombre frecuente en los evangelios. El mismo Jesús *«probado en todo igual que nosotros, menos en el pecado»* (Hb 4,15), supo también de tentación y de cuánto los hombres y mujeres necesitamos pedir al Padre cada día que nos libre de caer en ella.

Nos lo recuerda también Pablo cuando nos dice que *«llevamos el tesoro en vasos de barro para que se vea que esa fuerza extraordinaria es de Dios y no viene de nosotros»* (2 Cor 4,7), y toda la tradición de la Iglesia nos exhorta a permanecer despiertos y a no creernos triunfadores definitivos del mal y del pecado.

Una leyenda medieval cuenta la historia de un noble caballero que, atravesando a caballo una laguna pantanosa, comenzó a hundirse en el fango, pero, agarrándose a sí mismo por los pelos, logró salir de ella sin más ayuda que su



propia fuerza. No es una leyenda cristiana. La sabiduría de la oración de Jesús nos enseña que no somos capaces de librarnos solos, de resistir solos a las trampas que nos acechan. Por eso oramos al Padre. Y lo hacemos desde la confianza de quien se apoya en la fuerza salvadora que nos ha sido dada para siempre en su Hijo Jesús.

La biblia es la mejor comentadora de estas últimas peticiones del Padrenuestro y compañera de camino a lo largo de este camino de oración que ahora terminamos. Por eso proponemos ahora una serie de textos que pueden ayudarnos a reflexionar sobre estas peticiones.

«Atiende y respóndeme, Señor, Dios mío; sigue dando luz a mis ojos, líbrame del sueño de la muerte; para que no diga mi enemigo: «Le he podido», ni se alegre mi adversario de mi fracaso. Pues yo confío en tu lealtad, mi corazón se alegra con tu salvación y cantaré al Señor por el bien que me ha hecho».

(Sa 13,4-6)

«Señor, yo pensaba, muy seguro: No vacilaré jamás. Con tu favor me colocabas en una cima inexpugnable; pero escondiste tu rostro y quedé desconcertado. Escucha, Señor, y ten piedad de mí, socórreme».

(Sal 30, 7-11)

«Soy un hombre de carne y hueso, vendido como esclavo al pecado. Lo que realizo no lo entiendo, pues lo que yo quiero, eso no lo ejecuto y, en cambio, lo que detesto, eso lo hago: Veo claro que en mí, es decir en mis bajos instintos, no anida nada bueno, porque el querer lo excelente lo tengo a mano, pero el realizarlo no; no hago el bien que quiero; el mal que no quiero, eso es lo que ejecuto. Así que, cuando quiero hacer lo bueno, me encuentro fatalmente con lo malo en las manos. En lo íntimo, cierto, me gusta la ley de Dios, pero en mi cuerpo percibo unos criterios diferentes que guerreen contra los criterios de mi corazón y me hacen prisionero de esa ley del pecado que está en mi cuerpo.

¡Desgraciado de mí! Pero, ¡cuántas gracias le doy a Dios por Jesús, Mesías, Señor nuestro».

(Rm. 7, 14-15. 18-19. 21-25)

Vamos a terminar rezando juntos, como en cada encuentro, el Padrenuestro. Al llegar a las dos últimas peticiones, cada uno las hace en alto nombrando al que tiene al lado: «Señor, no dejes caer en la tentación y libra del mal a...».





*«¡Qué benigno ha sido el Señor, rico en bondad y misericordia hacia nosotros! Ha querido que nosotros orásemos ante Dios de manera que podamos llamarlo padre y que, como Cristo es su Hijo, así nosotros seamos llamados sus hijos. Ninguno de nosotros, en efecto, habría osado decir esta palabra en la oración, si no nos lo hubiera concedido Él. Debemos recordar, queridos hermanos, y saber que, si llamamos a Dios padre, debemos también vivir como hijos suyos, para que, como nosotros nos alegramos de tenerlo por padre así Él se complazca en tenernos como hijos. Vivamos como templos de Dios, para que vean todos claro que Él habita en nosotros; que nuestras acciones no sean contrarias al espíritu. Una vez llegados a ser espirituales y celestiales, debemos pensar y obrar en consecuencia. El mismo Dios y Señor ha dicho: "Honraré a aquellos que me honran y despreciaré a aquellos que me desprecian". También el bienaventurado Apóstol ha escrito en su carta: "Ya no os pertenecéis a vosotros, porque habéis sido comprado a caro precio. Glorificad, por tanto, a Dios con vuestro cuerpo"» (San Cipriano, *De Dominica oratione*, n. 11).*

